

— ¿Sabes lo que pienso? le dijo muy bajo dando un gran suspiro... Cuando ya no me ames y haya casado á mi hija, habrán acabado para mí toda alegría y toda esperanza... Acaso entonces esa Sofia Castagnozoff accederá á tomarme como vigilante ó como enfermera en uno de sus hospitales... Me he procurado los anales de su Obra. Aquello es absorbente, como la *Imitación*.

## VII

## MEMORIAS DE UN AGENTE DE POLICIA.

En su gran despacho del muelle de Orsay, donde, á pesar de la primavera, ardía un gran fuego de leña detrás de la pantalla de chimenea en forma de abanico, el ministro de Negocios extranjeros estaba al caer la tarde, mascullando un cigarro apagado y retorciéndose el blanco bigote con mano crispada y distraída.

— ¿Qué tal la sesión, mi jefe? ¿No han segado todavía al ministerio?

La pregunta repentina del joven Wilkie al entrar en el despacho quedó sin respuesta. Para dominar un poco la situación, el secretario particular cogió de la mesa del ministro las cartas á la firma, se puso á leerlas con la mayor atención y dijo de pronto, como interrumpiéndose por una idea súbita:

— ¡Diablo! Esta noche es la comida de la embajada de Inglaterra... No voy á poder ir.

Valfón, sin volverse, preguntó con voz seca:

— ¿Por qué?

— Porque me bato mañana... tengo que buscar padrinos, que ejercitarme la mano en casa de Ayat ó de Gastine.

El ministro, que se estaba paseando de un lado á otro, se detuvo de pronto :

— No olvides que perteneces á mi secretaria... Estoy bien con la prensa... No me levantes historias.

Wilkie se explicó rápidamente. Había prometido á Florencia componer su matrimonio y no habiéndolo logrado por buenas, pasaba á los medios violentos.

— ¿Y con quién te bates ?

— Pues con Claudio ; ¿ con quién quieres que sea ? Él es quien ha deshecho toda mi combinación. Por fortuna vuelve de Lyon... Su padre está mejor.

— ¿ Y crees que vas á sacar algo en limpio de ese lionés ? masculló Valfón en su cigarro.

— No sé qué decirte ; esa raza tiene mucha acometividad. El Ródano de Lyon no está lejos de sus ventisqueros. Aquello es frío y brumoso, pero vehemente á pesar de todo. Lyon es casi Ginebra, santurrón, pero bravo... En fin, veremos.

El portero de servicio entreabrió la puerta.

— Ahí está esa persona...

— Que pase, pero no encienda usted las luces.

El ministro hizo una seña á su hijastro, que desapareció por una puerta, mientras el visitante anunciado entraba por la otra.

En la penumbra se dibujó la silueta de un hombre grueso, con americana de terciopelo, sombrero flexible, cara abultada y barba negra y crespa.

— ¿ Qué hay, Mauglas ? preguntó Valfón, inmóvil en su rincón oscuro.

El polizonte adelantó un paso.

— Con arreglo á las órdenes de usted, señor ministro, he seguido á la señora hasta el puesto de carruajes de

la calle de *Bourgogne*, donde ha tomado uno que la ha llevado por los muelles al extremo del *boulevard Saint-Germain*. Allí, la señora se ha apeado del coche y ha entrado en la casa del café, en la que vive hace unos días el joven Raimundo Eudeline. En casa de éste, en el piso cuarto, ha pasado la señora las dos horas que ha estado ausente. El señor ministro no me ha pedido más noticias... Hay, sin embargo, en la casa un portero muy divertido, un antiguo funcionario de la *Commune*, que tiene la noticia fácil...

— Gracias... Ya sé todo lo que quería saber, murmuró Valfón.

Después de algunos compases de espera, Mauglas continuó, menos dulzarrón y en tono humorístico :

— Me ha prometido usted hablar por mí al embajador de Rusia... Después de haberme abandonado tan bruscamente, era justo, me parece.

— Le he hablado, Mauglas ; pero el embajador me ha parecido frío. En su opinión no tiene usted ya razón de ser como indicador. Y dice que lo siente, porque le encuentra á usted muy sutil, aunque considera algunos de sus informes como trozos de antología.

Mauglas arrugó el sombrero entre sus manos velludas.

— ¡ Arriesgue usted la piel por esos camellos !

— Han pagado, pardiez, dijo en tono guasón el ministro. Y por otra parte, ahora que nada se opone á que tome usted un empleado, un ojeador, para enviarle en busca de noticias... Vamos á ver ; esta noche tenemos una gran comida diplomática ; ¿ quiere usted que hable otra vez al señor de Karamanoff ?...

— Lo agradeceré mucho, señor ministro, dijo Mauglas

al marcharse, saludando con una inclinación brusca que viva como si se fuera á romper la nuca.

Solo ya en la cenicienta atmósfera que invadía el despacho, Valfón cogió el sombrero y la enorme cartera ministerial que llenaba la mesa, y desapareció con Wilkie por una puerta cubierta con el tapiz de la pared y que daba paso á las habitaciones particulares.

— ¿Está la señorita? dijo con la cabeza erguida y autoritaria al entrar en el cuarto de su hijastra, en el que las bujías, encendidas y reflejadas por todos lados, producían una claridad de capilla ardiente. Arrodillado delante de un gran maniquí vestido con una falda de seda clara, una modista se daba prisa para colocar una guarnición de flores. La doncella, que la estaba ayudando con la lámpara en la mano y una aguja en la boca, brada entre los dientes, no podía responder á la pregunta del ministro y le indicó con un ademán el cuarto del tocador. En cuanto Valfón volvió la espalda para dirigirse hacia el sitio indicado, la doncella y la modista cambiaron una mirada que quería decir muchas cosas. Después de haber llamado, por fórmula, al ministro introdujo su flexible espinazo de comadreja por la puerta entreabierta y se aproximó á Florencia andando de puntillas. Con un largo peinador flotante y el cabello dividido en gruesos mechones para dejar secar el tinte que le doraba ligeramente, la opulenta joven, sentada en el tocador, desnudos los brazos de nácar y rosa, tenía abierta una novela que leía mientras se pulía las uñas al reflejo de los entrepaños de laca que revestían las paredes.

— Buenas noches, Fluffú... tartamudeó Valfón, con los seniles labios húmedos y la cara anegada en los hermosos cabellos esparcidos;

Y al mismo tiempo la mano temblorosa y ardiente que tenía libre se aventuró á tocar el duro hielo de uno de aquellos jóvenes senos. En el momento su hijastra se volvió y le rechazó con violencia... La cartera y el sombrero rodaron por la alfombra. El ministro resultó en una situación ridícula. En el instante de desorden que se produjo, Florencia corrió á cerrar la puerta y volviendo hacia su padraastro, ardiente é indignada:

— Mira, Valfón, dijo con una brusca alteración de las facciones y de la voz: la primera vez que vuelvas á empezar, envío á buscar los gendarmes... Has acabado por repugnarme.

El ministro, de rodillas, recogía con mucha calma los papeles que se habían escapado de la cartera. Se levantó, ágil como un *clown*, y dijo con su tono zumbón acostumbrado:

— Está bien; llama á los gendarmes. En cuanto vengan aprovecharé la ocasión para hacer que lleven á la madre á *Saint-Lazare*... Aquí tienes algunas cartas cuyas que me darán los medios para ello... Mira.

Era, en efecto, el papel malva de la señora de Valfón, su letra infantil y su sentimental divisa: « En todos los instantes de mi vida » que había tomado de una célebre enamorada. Pero aun en sus más ardientes expansiones, que sepamos al menos, la señorita Lespinasse no llegó al lirismo apasionado que palpitaba en aquellas líneas íntimas que habían caído en manos del marido y que él exhibía una por una en el mármol del tocador, señalando ciertos párrafos á la joven estupefacta y espantada.

Florencia había ya sospechado que su madre tendría

algún coqueteo en sociedad. Sus amigas, más libres de lenguaje y también más vivas de espíritu que ella, reían de eso en su presencia y citaban nombres de amigos de su hermano, el de Raimundo Eudeline y de otros, pero todo de un modo muy vago. Además para aquella pacífica imaginación la palabra coqueteo no representaba más que un galanteo amable, espiritual, que estaba á cien leguas de lo que su miserable padrastro intentaba sugerirla por medio de fragmentos de cartas como estos :

« ¿ Por qué estoy tan triste, ángel mío, cuando me separo de tus brazos? ¿ Por qué tan triste después de toda la dicha que acabas de darme?... »

« Gracias á tus veinte años que vierten en mí la vida... ¡ oh mi hermoso niño rubio y delicado! pero cuando no me ames ya, que ellos me viertan también la muerte; la beberé en tu boca... »

¡ Y era su madre, su madre, la que había escrito todo aquello!

Valfón no parecía muy emocionado ante las pruebas de su reciente deshonor; pero ¿ cómo se las había procurado? La mayor parte de las cartas no tenían sobre sí siquiera dobleces y algunas no estaban terminadas. Parecía que un escrúpulo, una vacilación había impedido enviarlas en el último momento. Pero, entonces ¿ cómo estaba el marido en posesión de aquellas armas peligrosas? La pobre Florencia se sintió invadida por una angustia repentina y tembló por su madre á la que veía entre las manos de aquel hombre perverso. El cielo de sus ojos palideció y sus grandes cejas negras se agitaron como alas agonizantes. Valfón sintió lástima y una lástima superficial, hacia aquel ser tan delicado

insensitivo. Puso en orden las cartas y dijo muy bajo mientras se erizaba su bigote gris :

— Soy un lobo viejo, hija mía, y hay que desconfiar de mis dientes.

Después añadió más bajo todavía, soplando en el cabello de la joven el ultraje del incesto :

— Sobre todo, ponte hermosa, muy hermosa... un nuevo embajador, un antiguo virrey de las Indias, nos trae un rebaño de jóvenes *miss* de gracias de antilopes; es preciso que rabien de envidia.

Cogió un puñado de la hermosa cabellera, se echó sobre él como una bestia feroz y se escapó llevando entre los dientes largos hilos de oro.

Florencia, en seguida, no tuvo más que una idea; peinarse, ponerse el traje mal ó bien, á pesar de las protestas de la modista, y entrar volando en el cuarto de su madre, á la que encontró dispuesta para meterse en el coche, radiante y joven con un vestido de raso resamado de plata, cinco hilos de enormes perlas alrededor del cuello y mitones en vez de guantes, para dejar ver las alhajas de que llevaba llenos los dedos. Entre la alta judería de Burdeos, eran legendarios los brillantes de la Marqués. Empeñados con mucha frecuencia para pagar deudas de juego de Valfón, cuando éste llegó á ser hombre de Estado y manipulador de fondos secretos hizo venir todo « de allá » como decía por eufemismo su mujer, y el Monte de Piedad dejó de ver aquellas maravillas.

Cuando entró Florencia, la mirada de su madre le salió ansiosa al encuentro :

— ¿ Qué hay?

La señora de Valfón había siempre presentado ese

suceso horrible, del que las dos mujeres no hablaban nunca ó casi nunca, y su corazón se alarmaba fuertemente al más ligero fruncimiento de cejas de su hija. Florencia se aproximó y quiso decir lo que había pasado, pero al ir á pronunciar la primera palabra se debió á una confusa. Estaban, sin embargo, solas en la habitación, pues si bien andaba de un lado para otro la encantadora Zizi, la vieja mulata de la señora de Valfón, que estaba recogiendo las cajas y los efectos de su ama, la presencia de aquella mujer no estorbaba á la joven, más bien tras que se moría de vergüenza á la idea de decir á su madre:

« Sé que tienes un amante. »

Era, sin embargo, preciso hablar, ponerla en guardia. Y habló bruscamente, como por un supremo esfuerzo.

— Pronto, mamá... ¿Dónde pones las cartas que recibes y las que tienes empezadas?

— Allí, en mi mueble inglés.

La señora de Valfón, ya turbada sin saber por qué, señalaba á un delicioso escritorio de rinconera provisto de tablas y de cajones, uno de esos muebles que solamente se fabrican en Londres y que parecen todos destinados á un camarote de *paquebot*.

Florencia siguió preguntando:

— ¿Tienes la llave?

— La llevo siempre conmigo.

La Valfón se quitó del gancho del abanico — que cada año se llevaban colgados á lo largo de la falda — una microscópica llavecita de oro que nunca abandonaba y que llevaba siempre prendida ya en una pulsera, ya en el reloj. Inmediatamente cogió del escritorio una carteterita de tafilete blanco y repasó los papeles que con-

tenía, primero muy de prisa y después hoja por hoja, decidiendo á medida que avanzaba en su examen.

— No busques más, dijo Florencia en voz baja; él tiene esas cartas; acabo de verlas.

— ¡El miserable! Con una llave falsa, entonces...

— Pero, mi pobre mamá, ¿haces borradores cuando escribes?

La madre balbuceó muy confusa:

— No soy francesa, bien lo sabes... y no me vienen al pensamiento las palabras como á vosotros. Para enviar una carta tengo siempre que escribir tres ó cuatro.

La verdad era que la pobre mujer se esforzaba y no hallaba nada bastante noble, bastante poético para responder á las hermosas frases sentimentales de su Raimundo. Acostumbrada desde los tiempos lejanos del liceo de Luis el Grande á clasificar al amigo de su hijo entre las más privilegiadas inteligencias, Raimundo entraba actualmente para ella en la serie genial de los que la portuguesa llamaba *los literarios*, y cuando le escribía formaba varios proyectos de carta y olvidaba siempre hacer desaparecer las no enviadas. De este modo Valfón las había echado la mano encima un día en que estaba registrando los cajones de su mujer, lo que sucedía frecuentemente desde que la Cámara estaba tratando de la ley Naquet y de la cuestión del divorcio.

— ¡Pobre mamá! suspiró Florencia.

La madre movió la cabeza.

— ¡Oh! En cuanto á mí... Me ha hecho ya todo el daño que podía hacerme y no le temo... Pero pienso en ti; por ti es por quien tengo miedo. Cuando yo no esté á tu lado para defenderte...

— Si tú no estuvieras aquí, no habría ya razón para

estar yo, dijo la joven arrojándose en los brazos de su madre.

En este momento llamaron á la puerta violentamente. Valfón, sin entrar, exclamó con su voz dulzarrona y voluntariosa :

— Pronto, hijas mías; vamos á comer en Inglaterra y allí no pasa como en París, se llega á la hora en punto.

Al mismo tiempo que hablaba estaba escudriñando la fisonomía de su mujer. ¿Estaría enterada de todo? ¿La habrían avisado? En las alternativas de luz y de sombra de aquella gran habitación, con el traje extraordinario de aquella noche, con la cara empolvada y encapuchada de encajes, era difícil sorprender los rasgos de aquella fisonomía y darse cuenta de sus impresiones. Pero una vez fuera, cuando el coche ministerial rodaba por los muelles y después por el puente de la Concordia, donde flotaba aún la luz del día en torno de los puntos amarillentos de los faroles, cualquiera se hubiera admirado al ver la hermosa serenidad de las dos mujeres y el brillo de sus ojos tan límpidos como sus diamantes. De seguro Florencia no había tenido tiempo de hablar. Por dueña de sus nervios que sea una mujer de mundo en un día de grande y aparatosa comida, una explicación tan grave tiene necesariamente que dejar más huellas. Sin embargo, cuando el carruaje atravesaba la plaza de la Concordia en dirección al *faubourg Saint-Honoré* y á la embajada, el ministro dijo en voz alta: « Calla; Raimundo Eudeline », inclinándose para ver con quién iba el joven, y le pareció que la cara de su mujer se había puesto pálida y estremecidose rápidamente.

Raimundo se estaba paseando por delante de la verja de la Cámara esperando á su protector Marcos Javel,

cuando vió acercarse á Mauglas, siempre el mismo á pesar de su mala ventura, guantes pajizos, sombrero flexible, impudente, velludo, gruesas mejillas y aspecto de cantante de provincias. El antiguo vecino de Izoard salía del ministerio de Negocios extranjeros y abordó con desenvoltura á Raimundo.

— ¡Mi querido amigo! Tengo el honor... ¿Cómo están en Morangis? ¿Y la señorita Genoveva?

El joven hubiera querido no responder, avergonzado de tal compañía y experimentando á aquel contacto una molestia física; pero ¿qué hacer? no es cómodo no contestar á un hombre que nos interpela con tal aplomo y cuya mirada cínica y despreciativa nos rebaja hasta su nivel. Raimundo trató de contener al miserable á cierta distancia por medio de un saludo ceremonioso y con la explicación de lo que hacía allí.

— Conozco bien á su Marcos Javel de usted, dijo en tono bufón Mauglas mientras encendía la pipa de madera que nunca le abandonaba... ¿Quiere usted que le recomiende?

Raimundo le dió las gracias y le dijo que hacía tanto tiempo que estaba esperando, que no podía ya tenerse sobre las piernas y prefería dejar la entrevista para el día siguiente.

— Entonces es usted mi presa, bello joven, dijo el polizante, que estaba leyendo corrientemente en aquella frente cándida el deseo de desembarazarse de él.

Y apoyando un brazo en el del joven, añadió :  
— Sí, por cierto... Sí, por cierto... me le llevo á usted á comer. No diga usted que no, porque es una obra de caridad la que le pido.

Mauglas dijo estas últimas palabras con una emoción

de hombre de buena fé, entre contenida y comunicada. Raimundo se dejó llevar, y aunque furioso por su debilidad, se esforzó en convencerse, con la tontería y vanidad de sus cortos años, de que cedía á un momento de lástima y de generosidad. ¿ Con qué derecho podía yo humillar á un desgraciado, ya tan maltrecho? Yo no soy su juez... Y luego, ¿ tiene tanto talento! ¡ francos cada cuartilla en la *Revista!*... Por otra parte tarde caía y reinaba esa indecisión crepuscular tan favorable á los compromisos de conciencia y á las confesiones de las almas cobardes.

El *restaurant* de los Campos Elíseos al que Mauglas condujo su presa — ¿ cómo no hirió el oído de Raimundo aquella palabra? — tenía como anejo en el buen tiempo un café concierto muy en boga que animaba con su ruidoso público, con sus sonoridades y con sus candelabros todo aquel lado de la avenida Gabriel. La estación no era todavía á propósito para tomar el aire libre y no se veían en el *restaurant*, envuelto en la sombra y en el silencio, más que dos ó tres gabinetes particulares que aventuraban su luz equívoca entre el follaje.

Las reverencias de los mozos á la aparición del recién venido, la sonrisa de la señora del mostrador, la mesa alumbrada por velas con pantalla como las mesas de juego y colocada en una solitaria galería cubierta de cristales; hasta el cocido casero, que no se encuentra más que en provincias; hasta el excelente y humeante abadejo como en las buenas fondas de Londres y de Amsterdán; todo denunciaba al parroquiano, al fino gastrónomo, orgullo y satisfacción de los antiguos establecimientos parisienses en los que todavía se sabe comer.

— ¡ Ah! el paladar me ha perdido, decía Mauglas, llevado las copas con un sorbo de *champagne*, vino fresco no *champañizado*, que acababa de brotar del racimo... Yo sabido demasiado pronto lo que era bueno y no he querido pasarme sin ello. Escucha esta historia, pequeño, ¿ me vale la pena... Es la confesión de un agente de policía secreta.

Raimundo le miró con espanto. ¿ El desgraciado reconocía, pues, su infamia! ¿ Le habría llevado á comer para hacerle aquella confesión? ¿ Con qué objeto? ¿ Lo hacía por remordimiento ó por el deseo, tan humano, de aliviarse contándolo todo? La vanidosa juventud del confesor estaba muy dispuesta á admitir esta suposición. Pero con aquel singular penitente, la servilleta al cuello, haciendo sus culpas con labios tan relucientes y con tan magnífico apetito, ¿ cómo pensar que el remordimiento entrase por algo en sus expansiones?

Antes de retirarse en Morangis, donde los había conocido Raimundo, los padres de Mauglas tenían cerca de *Saint Lô*, en Normandía, una posada de carreteros al lado de un camino. Ciertas fritadas que hacía la madre, la tenca en salsa y la sopa de cangrejos, daban á la casa un nombre de buena hostería, y Mauglas padre, maestro pastelero, no tenía igual en la galleta normanda tachonada de torreznos fritos... En el buen tiempo, los vecinos acomodados de los alrededores organizaban expediciones de glotonería á casa de los Mauglas, y el viejo Benizán, el escribano más antiguo de la ciudad, iba allí todos los domingos á la hora de almorzar con su violín y sus dos hijas. Días benditos para el pequeño Mauglas eran aquellos domingos que empleaba en revolcarse en la paja con Rosa y con Pulqueria y en escuchar las

hermosas piezas de música del señor Denizán, valeses de Brahms ó mazurcas de Chopin, que el muchacho releía y recordaba toda la semana, y que tarareaba desde mañana hasta la noche mientras se paseaba solo por los campos.

Era el tal, sin embargo, un mozo sólido y pesado, pero con una inteligencia precoz, pero de una holgazanería que no podía él mismo sacudir. Friolero y goloso, permanecía horas enteras en la cocina espumando el puchero, probando el primer caldo y extasiándose en la contemplación del asador, que ofrecía á su glotonería el buen olor de sus jugos y de sus asados. El señor Denizán obtuvo, sin embargo, de la madre, muy satisfecha hasta entonces de tener entre las faldas al voluminoso aprendiz de pastelero, que el muchacho fuese enviado al colegio de Saint-Lô, y después, en vista de sus éxitos de clase, que fuese á terminar los estudios á París, como pensionista de un gran liceo. En las vacaciones el joven se volvió á encontrar con la señorita Rosa, muy avanzada en formación y en salud, pero que, privada desde muy joven de su madre y falta de toda vigilancia, apenas sabía leer á los diez y siete años y se dejaba revolver en la paja cuando tenía doce. La hermana mayor, la señorita Paulina, víctima de una afición demasiado viva por los húsares, daba de ella una nueva prueba todos los años á algún oficial del regimiento acuartelado en Saint-Lô. Cuando la guerra del 70 hizo desaparecer aquellos lindos húsares de casaca de avispa, uno de los pasantes del señor Denizán ocupó cerca de la hija la plaza que había dejado vacante el último oficial del regimiento, pero, menos escrupuloso, se escapó con la muchacha llevándose la caja de Denizán.

Mauglas hijo, en París á la sazón, se alistó en los tiradores de Chabaud-Molard y durante todo el asedio hizo una vida de bohemio y de Robinsón en las aldeas desiertas, en los grandes jardines abandonados, saqueando los corrales, bebiendo buen vino robado y saboreando esa deliciosa borrachera del peligro que agranda los paisajes. La importancia é interés á los más pequeños episodios.

Cuando París se rindió, cuando las barreras se abrieron y nuestro hombre se volvió á encontrar en la cocina de su padre oyendo el relato de las miserias sufridas durante su ausencia, ¡qué pesada, qué insípida y qué incolora le pareció la existencia! Los caminos, saltos del acarreo acostumbrado, estaban llenos de tropas desbandadas, especie de langosta que devoraba hasta las cortinas de las ventanas. Por dos veces unos soldados alojados prendieron fuego á la posada, y en Saint-Lô, en casa de los Denizán las cosas fueron todavía peor. El padre quedó herido de muerte por el abandono de su hija mayor, y el estudio salió á la venta y fué comprado á bajo precio por la Compañía de los procuradores. No quedó, pues, á Rosa más que los muebles de su cuarto de soltera y unos cuantos rollos de monedas de oro en el fondo de un cajón, del que sacaba á los ojos cerrados sin reponer jamás ni un céntimo.

— Lo más triste es que está embarazada, dijo un día la madre del joven Mauglas.

— Y que pretende que lo está de ti, añadió el padre. El hijo respondió sin inmutarse :

— No es imposible.

Y como quiera que Rosa era una linda muchacha y tenía seis ó siete mil francos en dinero contante, el joven Mauglas creyó hacer un negocio excelente casán-

dose con ella. Los recién casados fueron á instalarse en *Montmartre*, en un cuarto amueblado de la calle *Leprieux*.

Los acordes de una música que sonaba en la entrada próxima interrumpieron el relato de Mauglas, que creyó al pronto que estarían ensayando en el café-concierto próximo; pero un mozo le sacó de su error:

— No, señor; no han empezado todavía los ensayos. La música que ustedes oyen es la banda de la Guardia Republicana que está tocando ahí enfrente, en la embajada de Inglaterra.

« Es verdad, pensó Mauglas; esta noche hay recepción... En esa comida diplomática se tratará de mí. »

Después dijo de repente dirigiéndose á Raimundo:

— Vuelvo á mi historia. Estoy impaciente por explicar á usted el cómo y el porqué de mi entrada en la *Tienda*.

Raimundo no comprendió.

— Sí, hombre, la *Tienda*... vamos... la policía. Iba á hacer dos años que estábamos en *Montmartre*. Rose me había obsequiado al llegar á París con dos encantadores mellizos de los que al principio se encargaron los abuelos, pero pronto nos los enviaron con la nodriza porque en el país no marchaban los negocios y todo el mundo se moría de hambre. Con esto tuve tres bocas que alimentar. Para colmo de dicha, Pulqueria, la hermana de mi mujer, abandonada por su pasante de escribano, apareció un día en mi casa sin un cuarto y sin camisa, pero con un repuesto de vicio y de estupidez bastante para surtir á todo el barrio. Era, como su hermana, una hermosa muchacha, sólida y bien formada, y pasaba las noches en las tabernas donde era conocida bajo el nombre de la Normanda. Como tenía el aplomo de

tomarme por fiador, tenía que estarla reclamando continuamente en la prevención, hasta que un día desapareció llevándose toda la ropa de mi mujer, que se quedó sin faldas y sin poder salir á la calle en más de un mes, no atreviéndose á hacerlo en enaguas...

Los siete mil francos del estudio pertenecían á la historia, y para atender á los gastos de la casa había tenido que vender mi reloj, mis botones de puños y hasta los papeles de música y el violín de Denizán. Algunos periódicos me tomaban original, generalmente biografías de músicos célebres, pero me pagaban tan mal y yo escribía tan lentamente... Esa ha sido siempre mi debilidad; esa depuración de todo lo que hago, esa necesidad de pulimentar con papel de lija todas las palabras de mis frases, por no encontrarlas nunca bastante agudas ni bastante brillantes. Añada usted á esto mi manía de la brevedad, de la concentración, que era también la manía de Wolf, el amigo de Goethe, el cual Wolf pretendía que toda fórmula, por sutil y complicada que fuese, debía caber en una uña si había de tener su verdadera expresión. ¡Singular locura la de buscar las frases más cortas y la de estrechar los renglones, en un hombre que vive de su pluma á tanto la línea y hace vivir de eso á otras muchas personas!

Una vez hice un retrato bastante feroz del presidente de la República en un periódico radical en el que escribía por primera vez, y tuve que ir á ver á Valfón, que era entonces director del servicio de seguridad en el ministerio del Interior, para suplicarle que no hiciese responsable al periódico de mi torpeza. Valfón se rió de mí en mis barbas, y me dijo que aquella gente se burlaba de mí. Aseguró que yo tenía un gran talento del

que no sabía servirme y que si quería ser serio y salir de la miseria de una vez para siempre, me procurara una posición fácil y lucrativa que me pondría en condiciones de prestar grandes servicios al Gobierno, infundiéndole del verdadero espíritu de la opinión pública.

— Vea usted lo que le conviene; reflexione usted, me dijo; y si mis palabras le han convencido, váyase a ver de mi parte al señor Leboucart, en la prefectura de policía; él indicará á usted lo que tiene que hacer.

Consulté á mi mujer, por guardar la forma, y Rosa me respondió:

— Amigo mío, haz lo que quieras; pero tú no entiendes gran cosa de ese oficio de escritor en que te has metido. No ganas casi nada y somos ocho ó diez personas las que tienes que mantener. En estas condiciones veo difícil que salgas adelante.

Era cierto; en mi casa estaba siempre la mesa puesta para una cuadrilla de borrachos y de glotones cuya pereza se sustentaba de adular la mía. Los unos traían á los otros y las sopas de la mujer de Mauglas llegaron á ser famosas hasta en las alturas de *Montmartre*.

Mi mujer, verdadero temperamento de holgazana, gustaba hasta el extremo de estarse de una comida á otra sin levantar la mesa, charlando con los codos sobre el mantel, y adoraba aquella existencia de flojera y de glotonería que mi sueldo de *indicador* — me ofrecían setecientos francos al mes — nos permitiría continuar indefinidamente. Al primer golpe de vista, el oficio no presentaba gran dificultad, puesto que estaba resumido en dos palabras: escuchar, referir. En todas partes donde estuviese, en el café, en el círculo, en los salones, debía abrir el oído, coger al vuelo las conversaciones,

las noticias, y hacer de ellas un breve informe que el jefe comprobaría con los de otros muchos de mis colegas de periodismo que vivían, según me aseguró Leboucart, del mismo oficio que yo y no creían rebajarse ni comprometerse sirviendo honradamente á un gobierno honrado... Vacilé durante algún tiempo y, por último, un fin de mes de mucho apuro, Leboucart me prestó mil francos para devolvérselos cuando y cómo quisiera. Así quedé cogido...

Mis informes tenían éxito en la *Tienda* porque eran cortos — la uña de Wolf — y porque no los bordaba. Aquella tarea me divertía. Encargado al principio de vigilar los congresos socialistas de Gante y de Lugano y la Internacional de Ginebra, aproveché la ocasión para visitar museos y países sorprendentes que nunca había visto más que en sueños. Una vez tomadas mis notas y expedido mi informe, trabajaba por mi cuenta. En el cuarto de una posada de puerta sombreada por una fresca parra, y junto á una ventana que daba sobre el vivo azul del lago de Lugano, bordeado de blancas casitas, escribí el primer capítulo de mi *Psicología de la orquesta*, que publicó la *Revista* y me dió prontamente á conocer.

Leo en sus ojos de usted lo que está pensando, joven. ¿Y el remordimiento?

Á fe mía, el remordimiento me dejó bastante tranquilo para empezar. Cuando asistía en Holanda á las conferencias de Karl Marx, de Bakounine y de otra porción de charlatanes españoles, italianos y hasta franceses, cuyas ideas políticas y sociales transcribía, anotando las rivalidades, las pequeñeces y toda la historia íntima del congreso; cuando en Génova y en Milán

los amigos de Mazzini y de Garibaldi me hablaban de sus proyectos y me entregaban la Italia revolucionaria para que yo enviase sus confidencias á altos lugares, mi conciencia no se alarmaba absolutamente nada. Después, solamente, por ciertas cuestiones individuales, el oficio se volvió duro por culpa sobre todo del jefe, de aquel siniestro Leboucart, que no soñaba más que con llagas y jorobas, con conspiraciones y represalias, y que quiso transformarme de indicador en provocador.

¡Ah! ¡el malvado! ¡Si yo le hubiera hecho caso, qué carnicería, qué cañoneo de un extremo á otro de Francia! Cada uno de mis informes daba ocasión á escenas en las que me trataba de pusilánime y de imbécil y me amenazaba con quitarme el sueldo. De buena gana le hubiera cogido la palabra, pero tenía detrás de mí toda mi tribu, más desordenada que nunca. Mi cuñado Pulqueria había vuelto con un nuevo amante, que era esta vez un bailarín italiano atacado de la *modorra*, como los carneros jóvenes, y que no podía bailar más que vales, con pasos de derviche musulmán. Después nuestros dos hijos cayeron malos y murieron con algunas horas de intervalo, y mi mujer, á consecuencia de aquella sacudida, se metió en la cama y se estuvo en ella diez y ocho meses inerte y como atontada, lo que no fué obstáculo para que la mesa siguiera siempre puesta y la comida preparada para los amigos, que iban á cuidar á la enferma y á distraerla durante mi ausencia. Si mi plaza se suprimía, ¿cómo había de sostener la casa con todos aquellos gastos? Me veía, pues, obligado á soportar los sofiones de Leboucart. Y, sin embargo, acabé por sublevarme. ¿Pues no quería aquel animal que me presentase candidato á la diputación por el

Var, bajo pretexto de que en mis viajes había sabido ganarme las simpatías de los cafés republicanos de Draguignan? Me dijo que la policía pagaría los gastos de mi elección y que durante todo el tiempo que fuese diputado disfrutaria sueldo doble. Al ver que me obstinaba en renunciar, me decía Leboucart irritado: «¿Pero qué inconveniente encuentra usted? No sería usted el único en la Cámara salido de entre nosotros.» ¿Sería cierto? ¿Se trataría de un artificio de los que esa gente usa para reclutar su personal? Ello fué que me negué abiertamente declarando que nada me gustaba más que la literatura y que si en las condiciones actuales no tenía tiempo más que para publicar un volumen cada cuatro ó cinco años, si aceptaba la diputación tendría que renunciar por completo á escribir.

El jefe, entonces, montó en cólera de un modo horrible, y me hubiera encontrado en la calle sin empleo si Valfón, tan implacable como Leboucart, pero temeroso, por mil razones, de todo el que maneja una pluma, no me hubiera ofrecido un puesto ventajoso en reemplazo del que perdía. El nuevo ministro de la policía de San Petersburgo, el general Dejarine, de paso en París, había pedido un agente hábil y probo para vigilar á los revolucionarios rusos refugiados en Francia. Me dió una carta para el general y fui á reunirme con él en Ginebra, donde había alquilado todo el hotel *Beausejour*. Pasé allí cuarenta y ocho horas ocupando seis grandes piezas para mí solo en el segundo piso y con prohibición absoluta de salir y de hablar con nadie, pero disponiendo de cigarros, de *champagne* y de *kummel* hasta reventar. El grueso general Dejarine, sensual y fino, de ademanes dulces y mirada pérfida, me entregó un

paquete de fotografías de las principales caras del partido revolucionario que debía asimilarme y tener constantemente ante los ojos. Me detalló con mucha inteligencia las notas que había reunido sobre la vida, las costumbres y el carácter de aquellos hombres y de aquellas mujeres; me hizo saber sus escondites y sus refugios y me indicó dos de los más feroces de aquellos nihilistas que estaban muy *trabajados* hacía mucho tiempo y a los dos pasos de entrar al servicio de la *tienda* petersburguesa. Dejó á mi habilidad el cuidado de cerrar el trato y me encargó que hasta que encontrase medio para introducirme entre ellos, trabase relaciones con algunos sin infundir sospechas. Lo conseguí, en efecto, y aunque me pagaron largamente mil quinientos francos al mes y los gastos de coche y de sellos, puedo decir que no robé el dinero, por lo menos los primeros años. Conocí á todos los jefes de la emigración, Lavrod, Popof, etc., y recibí invitaciones para las veladas del hotel Czartoryski, en la isla de San Luis, que pasaban por ser un centro nihilista. Pero jamás pude descubrir nada, y eso que almorcé durante tres meses en una lechería, detrás del Panteón, con Sonia Perowska y Jessa Hefmann, á quienes ahorcaron poco tiempo después en San Petersburgo y en Moscou... y no sé más... No palidezca usted, joven; no fuí yo quien las hizo prender. Me contenté con llamar la atención sobre su presencia y decir los sitios que frecuentaban. Para denunciar sus conversaciones y sus proyectos me faltaba entender la lengua rusa ó más bien un cierto lenguaje cifrado de que los emigrados se servían entre sí.

Cuando murió mi mujer y yo instalé á mis padres en el pabellón contiguo al de Izoard, mi encuentro casual

con Sofia Castagnozoff pudo ser peligroso para los compatriotas de aquella buena muchacha, que conocía todas sus resoluciones sin participar completamente de sus ideas. Yo no sé por qué, tanto yo como mi literatura resultábamos simpáticos á Sofia á la que vi tomar confianza y pronta á decírmelo todo. Empezó á enseñarme, por medio de un estudio comparado de las lenguas vivas, ese dialecto convencional indispensable para conocer el partido, pero de repente, sin motivo ni explicación, se retiró, se llenó de reserva y no pude sacar más de ella. ¿Fué por celos de mis sentimientos hacia la señorita Genoveva, de la que estuve enamorado algún tiempo, ó bien esta hermosa y altiva persona consiguió comunicarle la antipatía que yo le inspiraba? Ello fué que á consecuencia de una visita domiciliaria á casa de Casta para buscar á un nihilista que tenía oculto, se convenció de que yo la había denunciado. Si no quedé entonces absolutamente inutilizado en el barrio *Saint-Marcel*, en lo que se llama « la Pequeña Rusia » me vigilaron ya más que yo vigilaba á los otros y hasta llegaron á amenazar la tranquilidad de mis padres, por lo que tuve que buscarles otro refugio, lejos de Morangis. Á la sazón de estos sucesos, se cambió el ministro de policía en San Petersburgo, y el nuevo, Bernoff, un salvaje, me mandó llamar al hotel Bristol en cuanto llegó á París y me dió la orden de descubrir antes de ocho días una imprenta clandestina rusa que funcionaba en Saint-Ouen. Busqué, no encontré nada y aquel ministro, insensible á las delicadezas de la lengua francesa con que yo adornaba mis informes, me hubiera puesto en la calle sin la intervención de Dejarine. De este modo, cuando

el general volvió á instalarse en París con su hija, me puse enteramente á sus órdenes, sabiendo el odio que inspiraba á los emigrados. Pero Dejarine era uno de esos seres á la vez fatalistas y escépticos que no creen en el peligro. Mis precauciones le hacían reír y seguía correteando por todos los peores sitios, mientras que en París y en Londres había órdenes serias de la Intencional respecto de él. Creí que debía advertir á nuestro ministro de Negocios Extranjeros... ¡ Grande error ! Ya sabe usted con cuánta desenvoltura ese Valfón, traidor y embustero, me ha echado al agua pretendiendo que me había encargado de la seguridad del general y haciéndome responsable de su muerte. No tengo más que un medio de salir adelante y creo que usted puede proporcionármelo... Pero, cuidado... Viene gente... Vámonos y hablaremos fuera.

En una mesa contigua, en la galería, preferida aquella noche á los gabinetes particulares de un calor de estufa, acababa de instalarse una pareja, y cuando Mauglas pasó tranquilamente por delante, el hombre, vestido de frac y corbata blanca, alto, encorvado y con cara de levantino, cobriza y felina, murmuró algunas palabras al oído de la muñeca de cara pintada y cabellos de cáñamo que se abanicaba al lado suyo.

— Es Varnés, diputado de Vaucluse, dijo Mauglas en alta voz, de modo que se le oyera bien... Finge que no me conoce y eso no es decente en él, porque cuando ocurrió su feo negocio del *Palais-Royal*, y el jefe me encargó de hacer averiguaciones en las casas de todos los tenderos de la galería, si yo hubiera querido dar gusto á Leboucart, que quería que fuese culpable... Pero la causa resultó buena para él y yo no pude men-

tir... ¡ Ese hombre á quien vi sollozar y abrazarme las rodillas !... Las promesas y los juramentos de eterna gratitud que él me hizo... Ahí le tiene usted... Ni se ha llevado la mano al sombrero.

Dirigió una sonrisa á la señora del mostrador y encendió la pipa inglesa que el lacayito de la puerta le ofrecía, mientras Raimundo, poco fumador como todos los de su tiempo, la emprendía con un terrible habano que acabó de nublar sus ideas, ya muy embrolladas por el *champagne* nuevo y por las confidencias que acababa de oír.

— Buen oficio, á pesar de todo, para un observador de los hombres, el que acabo de pintar á usted, amigo Raimundo...

Mauglas arrastró al joven hacia la parte oscura de los Campos Elíseos, mientras él marchaba á su lado dando fuertes golpes en el suelo con la contera del bastón...

— ¡ Las historias que yo conozco y las que haría brotar de este asfalto, si quisiera ! No le oculto á usted, pues, que fuera de mi sueldo, que me permite una vida cómoda, una mesa cuidada y tiempo para mi obra de escritor mosaísta, echaría de menos el empleo si tuviese que renunciar completamente á él. Por eso me ha ocurrido preguntar á usted si conoce entre sus amigos, en la Asociación ó fuera de ella, algún joven necesitado ó sencillamente deseoso de cierto bienestar, que por quinientos ó seiscientos francos al mes, quisiera pasar algunas horas entre los refugiados rusos y anotar sin interpretaciones ni adornos todo lo que oyera. La responsabilidad sería mía. Yo haría el informe y le firmaría con mi cifra en la prefectura. Pero así evitaría el presentarme ante una gente que ya me conoce.

Á pesar de su juventud y de los vapores del *champagne*, Raimundo Eudeline pensó: « Á esto es á lo que él quería venir á parar;... he aquí lo que busca hace dos horas. » Y añadió en voz alta, con palabra segura:

— Lo siento, señor Mauglas, pero por más que busco, nadie que yo conozca me parece ni apto ni dispuesto á...

Se detuvo, porque se sentía enrojecer en la oscuridad y le pareció que le veían. ¿Por qué enrojecer? Por qué oculto pensamiento sufría aquella vergüenza repentina? ¿De qué provenía aquel súbito terror que le inspiraba Mauglas, aquel deseo de escaparse, de huir? El polizonte, muy diestro, lo sospechó seguramente y respondió con la mayor calma:

— Sí, ya sé que, á primera vista, la cosa parece poco cómoda,... pero pensando en ella, se ve que es un empleo sin trabajo, sin responsabilidad, y que produciría á usted seiscientos francos al mes... Usted verá, joven, y reflexionará... Estas son mis señas...

Seguían la acera de la avenida Gabriel, por la línea enverdecida de hoteles que tienen todos, como el Elíseo, la entrada principal por el *faubourg Saint-Honoré*. Al pasar por una verja trezada de hiedra, llegaron á sus oídos dos voces de mujer acompañadas por los ecos de una guitarra, á través del negro ramaje que dejaba traslucir los resplandores de una fiesta del gran mundo.

— Es la embajada de Inglaterra, sin duda, dijo Raimundo.

El polizonte se detuvo y miró.

— ¡Oh! no; la embajada está más arriba... Esta guitarra no se parece en nada á la música de la Guardia.

Era, en efecto la embajada de Inglaterra, pero á través de la espesa cortina de hiedra, Mauglas y Raimundo

no podían distinguir la portada del hotel Borghese, ni sus altas ventanas abiertas, ni la escasas mujeres admitidas en la intimidad de aquella reunión diplomática que perfilaban sus elegantes siluetas por la serie de inmensos salones, brillantes y casi desiertos aquella noche, en los que la hermosa Paulina hizo tantas veces los honores á su hermano y á todos los gallardos coroneles del primer Imperio.

Después de un banquete automático y solemne, amenizado por los vales sentimentales y los pasos dobles de la Guardia Republicana, que suplieron ventajosamente á las lánguidas conversaciones oficiales, la música se marchó y lady Rawenswood, su hija y sus invitados pasaron á los salones, dejando á los hombres beber y fumar al rededor de la mesa en desorden, en la que se mezclaban las cajas de cigarros y los frascos de licores, caprichosamente tallados, con los macizos anillos de oro que sostenían los siete brazos de un alto candelabro de madera de sándalo. Aquella decoración exótica alteraba la vulgaridad del banquete oficial ofrecido al ministro de Negocios extranjeros y al cuerpo diplomático por el antiguo virrey de las Indias, llegado jerárquicamente á embajador de Inglaterra en París hacía pocas semanas. Valfón había aproximado su silla á la del embajador de Rusia, y mientras hablaban ambos en voz baja con la mímica sentenciosa y los movimientos solemnes de cabeza propios de dos altos funcionarios, el masculleo canallesco de un cigarro en la boca del ministro establecía un vivo contraste con la gracia aristocrática y el delgado cigarrillo del embajador. Mas allá estaba el Nuncio, con la cara de tintes amarillentos como si fuera de marfil tallado, largo cuerpo ascético embutido en una

sotana violeta de pequeñísimos botones, y hábito negro salpicado de placas y cruces, escuchando á Marcos Javel, que había sido invitado por excepción, á causa de la amistad contraída por su sobrina Jeannine con miss Frida Rawenswood desde que llegó á París.

Se hablaba entonces del reemplazo probable del embajador de Francia en el Vaticano, y Javel había pensado que ya que la cartera de Marina se le escapaba, representaría de buena gana al Gobierno de la República cerca de la Santa Sede, tanto más cuanto que el diputado radical descuidaba visiblemente, hacia algunos meses, á sus h., los masones, y se encontraba aquella noche de acuerdo con el Nuncio en más de una cuestión.

Cerca de ellos, dos jóvenes agregados repetían en voz baja y conteniendo apenas la risa, el nombre de la señora de Valfón, la mujer del ministro, á la que lord Rawenswood había dicho cuando estaban visitando los salones del hotel Borghese, mostrándola un diván de seda verde que quedaba allí del tiempo del Imperio: « Si este mueble quisiera nos podría contar muchas cosas sobre las costumbres de la hermosa Paulina. » Á lo cual la de Valfón, falta de toda noción de historia y creyendo que aquella Paulina era el nombre de guerra de alguna horizontal contemporánea de Cora Pearl y de Margarita Bellanger, respondió en tono desdeñoso: « Las mujeres como yo, señor embajador, no se interesan en las aventuras de esa especie de muchachas... » El embajador tuvo el buen gusto de callarse, pero júzguese si la frase de la pobre mujer iría á agrandar el repertorio cómico de aquellos jóvenes y la provisión de risa de que ya les habían surtido complacientemente las esposas legítimas de ciertos gobernantes.

Aquella de quien se burlaban de ese modo ni lo observaba ni tenía humor de risas. Sentada en un ángulo en medio de todas aquellas mujeres de diplomáticos, desconocidas en su mayor parte, caras altaneras y cosmopolitas, colección de muestras de toda la aristocracia femenina de Europa, la de Valfón, ciega y sorda para todo lo que sucedía á su alrededor, permanecía con la vista fija en la puerta por donde iban á entrar los hombres, su marido, sobre todo, del que esperaba con angustia una noticia. La velada era pesada. El jardín enviaba un aliento húmedo y tibio que hacía oscilar las luces de las arañas, y entre el discreto murmullo de los abanicos y el ruido lejano y continuo de los coches, sobresalía una voz límpida que venía del fondo del salón, una voz de mujer muy joven que cantaba, acompañada por una guitarra, una antigua balada escocesa.

En otro momento cualquiera, la de Valfón, con el fácil sentimentalismo de todas las tórtolas arrulladoras de su tiempo, se hubiera abandonado al encanto de la antigua romanza rejuvenecida por aquella gracia primaveral, pero desde que oyó cierta frase en medio de la confusión de la mesa, no existía nada para ella más que aquellas palabras de una oscuridad dudosa, que sólo Valfón podía explicarla.

Por fin se abrieron de par en par las puertas del comedor y se oyó un gran tumulto de risas y de voces de hombres. Antes de que el ministro, que salió á la cabeza de todos, hubiera perfeccionado la actitud autoritaria y de gran señor — de un gran señor de teatro — destinada á impresionar á las damas, un brazo apasionado se apoyó en el suyo, con presión irresistible, y la

de Valfon le preguntó muy bajo sacudiéndole y contando el efecto de su ademán :

— Ese duelo, del que hablaba Javel en la comida... ese duelo para mañana...

El otro, el muy cómico, sonrió para los espectadores, á pesar de su gana de morder, y trató de tranquilizar á su mujer diciéndole muy bajo :

— Vamos, Nina, cálmate... tienes el aspecto de una domadora... ¡Y bien, sí!... tu hijo se bate mañana.

— ¿ Con quién? ¿ Por qué?

— Con Claudio Jacquand. Ya sabes el motivo.

La de Valfón ahogó un grito de cólera.

— ¿ Por el matrimonio de su hermana? Pero si Florencia no piensa ni remotamente en semejante boda... y si fuera á decirle que Wilkie... Vamos, Valfón, eso no es serio...

Sus ojos ardían en su pálido semblante.

— Vas á llamar por teléfono al prefecto de policía... Ese duelo no se realizará.

En los labios del ministro apareció una sonrisa malvada.

— Dispensa, querida... Yo no tengo los mismos motivos que tú para desear que la gran fortuna de esos lioneses vaya á parar á la familia Eudeline... Tú harás lo que quieras; yo no me meto en nada.

Y aprovechó el momento de confusión que el nombre de Eudeline produjo en su mujer para desprenderse de su brazo y correr al otro lado del salón á reunirse con los demás convidados que habían entrado en la pieza vecina.

Un *bow-window* de cristales redondeados y lleno de orquídeas dejaba ver las luces del jardín, y allí una

rubia toda de blanco, los brazos desnudos y el cabello á la griega, ligeramente inclinada en el sofá de la hermosa Paulina, en una postura que dejaba ver las medias caladas bajo las cintas moradas de dos pequeños coturnos cruzados el uno sobre el otro, cantaba acompañándose con una guitarra y evocaba con sus ojos azules y su boca de coral uno de los más lindos modelos de *Madame Vigée-Lebrun*. Á su alrededor y sentadas en semicírculo en sillas bajas, tenía un auditorio adorable de jóvenes vestidas de claro y de miradas inocentes.

— No veo á mi sobrina, dijo Marcos Javel al ministro, cuyas miradas buscaban también y se dirigían á todas partes, llenas de inquietud.

La señora de Valfón, que estaba de pie cerca de ellos, murmuró :

— Jeannine acaba de salir al jardín con Florencia.

Las dos jóvenes iban estrechamente unidas. Jeannine, delgada y pequeña, se apoyaba en el brazo de su exuberante amiga, en medio de la vaga claridad de los farolillos puestos en guirnalda al rededor de las praderas y de los macizos. El viento ya no soplaba y en el aire pesado se oía un ruido sordo precursor de la tempestad, la primera del año. Las jóvenes permanecieron al principio cerca del hotel, pero después se atrevieron poco á poco á alejarse y penetraron en la oscuridad de las calles de árboles hasta llegar al fondo, donde se sentaron en un banco junto á la verja.

— ¡ Calla! Está lloviendo...

Jeannine Briant lanzó esa exclamación al sentir una gota de agua en su brazo desnudo.

Florencia suspiró.

— Soy yo, que estoy llorando. Esa niña me ha con-

movido con su voz inocente y sus ojos claros... Yo no he conocido jamás esa edad de candor ni he disfrutado esa frescura de alma... ¡Oh! no te rías... Si supieras qué cansada estoy del horror en qué vivo y cómo me avergüenzo...

— ¿Pero eso dura todavía, mi pobre amiga?

— Como siempre;... ese hombre está loco y su locura no tiene tregua... Esta misma noche, en la comida... Pero es demasiado innoble... más vale que me calle.

Siguió un momento de silencio ocupado por el ruido ascendente de la tempestad y el de los coches en la avenida de los Campos Eliseos.

— Yo, en tu lugar, advertiría á mi hermano.

— ¡Mi hermano! Como si no conocieses á los jóvenes de ahora... Wilkie necesita á Valfón... Puede que se prestase á sujetarme las manos.. No, para salvarme no había más medio que el matrimonio. La suerte no lo ha querido, ¿qué va ser ahora de mí?... Ese hombre logrará lo que desea, es seguro. Lo quiere con demasiada intensidad... Solamente, que preparo una sorpresa á ese miserable... ¿Te acuerdas de nuestro colegio de la señorita Andony, en la calle del *Bac*, detrás del jardín de las Misiones?

— Ya lo creo que me acuerdo... Parece que estoy viendo á tu madre cuando venía á buscarnos y se exaltaba al oír la voz de aquellos jóvenes sacerdotes destinados al martirio, á quienes se oía cantar en su capilla... En aquel tiempo era muy novelesca la señora de Valfón.

— Lo es todavía. Eso no cambia. También yo sigo siendo la inocente que preguntaba con mucha seriedad en plena clase de historia sagrada á la señorita Andony,

si era muy hermosa aquella santa que para dar vergüenza á su vencedor y no figurar en su cortejo triunfal, se cortó el pelo, la nariz y las orejas.

— Dios mío, Florencia, cállate; ¡me horrorizas!

Se oyeron pasos que se aproximaban con precaución haciendo crujir la arena del jardín, y la conversación de las jóvenes se interrumpió bruscamente.